

es altanería; allí se lisonjean de que serán capaces de conservar los Estados del Austria sin ningun auxilio exterior, y ya ven emperador al gran duque: ¡vanidad, sandez, ilusion ridícula! Han echado la cuenta sin la huésped, y esto le probará á V. cuánta razon tenia yo cuando dije que con negociaciones nos haríamos ridículos.»

Esto prueba cuál había sido la opinion del rey desde un principio á pesar de las objeciones de sus ministros. Su plan era la accion inmediata sin esperar que otra potencia empezara las operaciones. Apoyado en su superioridad queria usar del derecho de iniciativa y confiaba en la lógica de los hechos consumados que desconcierta todas las objeciones. No convenció sin embargo al conde Podewils, el cual en 3 de noviembre escribió al conde Schwerin diciendo que el objeto de su memoria del 29 de octubre era presentar al rey un cuadro de razones que le detuvieran en el camino de las resoluciones precipitadas que le había visto demasiado dispuesto á adoptar; y entre otras cosas añadía: «Voy observando cómo crece su ardor en lugar de disminuir; pero habiendo dicho todo lo que impone el deber, conforme hice en presencia de V. E. y como sigo haciendo cuando la ocasion se ofrece, no nos queda ya mas que la gloria de cumplir nuestra obligacion de obedecer.»

No dejó por esto de convencerse de que sus reflexiones no estaban justificadas por los hechos. Las cortes de Viena y de Dresde guardaron silencio; en la primera se menospreciaba á la pequeña Prusia, y la segunda miraba lo que haria la Baviera, resuelta á no moverse si esta no se movia. El mismo dia en que Podewils recibió el problema del rey, le contestó haciéndole nuevas reflexiones muy discretas, pero no lograron hacer vacilar al rey en lo principal de su plan. Le decia en esta carta: «A la pregunta de si un príncipe que tiene su ejército á punto, y es superior en fuerzas á sus vecinos, debe aprovechar una coyuntura favorable, debe contestarse sin vacilar afirmativamente; mas no sin que se examinen antes estas otras cuestiones, á saber: si sus medios son suficientes para no necesitar alianzas, como las necesitó en 1733 nada menos que la misma Francia con España y Cerdeña; si la configuracion de sus dominios no le impone precauciones excepcionales, porque potencias aisladas como la Inglaterra inabordable ó una Suecia de Gustavo Adolfo, á lo mas arriesgan un ejército y si sale vencido se meten otra vez en su concha como el caracol; y potencias con fronteras bien redondeadas como Francia y España pueden tambien arriesgarse á empresas capitales; pero una potencia fraccionada y vulnerable en muchos puntos, delante, detrás y por los flancos, se encuentra obligada á fraccionar tambien y debilitar sus fuerzas. Además es fácil hacerse ilusiones sobre los auspicios favorables del momento, porque frecuentemente sucede que al parecer no hay mas que bajarse y alargar la mano para asir lo que uno ambiciona, y de repente cambian las cosas, Carlos Gustavo de Suecia había conquistado toda la Polonia, y Luis XIV en 1672 toda la Holanda, cuando la envidia de sus vecinos les arrancó sus conquistas.»

Había mucha verdad en estas reflexiones, y posteriormente pudo Federico con mas experiencia mirar las cosas tambien bajo otro aspecto; pero entonces no pudo desprenderse de su resolucio: «primero tomar y despues negociar;» resolucio que siguió impertérrito contra viento y marea, y á pesar de todos los consejos contrarios. Era su idea personal, y cuando la supo el anciano príncipe Leopoldo de Dessau quedó consternado. La gloria, pero tambien la responsabilidad de tan atrevida empresa, pertenecieron exclusivamente al jóven rey, que por fortuna era hombre capaz de dominar las dificultades, y que había estudiado y sondeado todas las contingencias que pudieran ocurrir, como lo prueba el escrito

que envió en 6 de noviembre á su ministro Podewils suplicándole le dijera su opinion «con toda la franqueza imaginable.» Habíalo redactado á consecuencia de la noticia que el embajador de Baviera, al conde Perusa, había anunciado al gobierno de Viena en 27 de octubre, de que su soberano el príncipe elector pensaba hacer valer sus pretensiones á la herencia del emperador Carlos VI.

Háse encontrado el manuscrito de este trabajo de Federico el Grande, que le puso por título: «Ideas y proyectos políticos á que da lugar el fallecimiento del emperador», trabajo que bien merece ser copiado aquí como un monumento de la ciencia política de su autor.

Dice así:

«La Silesia, entre todos los Estados que ha dejado el emperador á sus herederos, es el territorio sobre el cual tenemos mas derechos y que está mejor situado para la casa de Brandeburgo; y como es justo sostener los derechos que se tienen, debe aprovecharse ahora la coyuntura de la muerte del emperador para entrar en posesion del citado país.

»La superioridad de nuestras tropas sobre las de nuestros vecinos, la rapidez con que las podemos presentar en accion, y lo adelantados que estamos á ellos en todos los puntos, nos dan en una situacion tan imprevista como la actual una preponderancia inmensa sobre todas las demás potencias de Europa. Si aguardamos á que la Sajonia y la Baviera empiecen las hostilidades, no podremos impedir que la primera se engrandezca, cosa enteramente contraria á nuestros intereses, sin contar con que en este caso nos faltaria un buen pretexto. En cambio si procedemos en seguida con energía, detenemos á la Sajonia, le quitamos el medio de adquirir caballos y la inutilizamos.

»Francia é Inglaterra se miran con recelo; si la primera se mezcla en las discordias del imperio alemán no puede permitirlo la segunda; de suerte que de un modo ú otro será posible una alianza con una de ellas. Inglaterra no puede tener envidia si adquiero la Silesia, pues lejos de perjudicarla, puede sacar de esta circunstancia ventajas, atento que el estado de sus negocios la aconseja una alianza con nosotros. La Holanda mirará todo esto con indiferencia desde el momento en que vea asegurados los capitales que los comerciantes de Amsterdam tienen empleados y garantidos con la Silesia.

»Si no hay posibilidad de arreglarse convenientemente con Inglaterra y Holanda, se hará seguramente con Francia, potencia que por lo demás no puede poner obstáculos en nuestro camino, y mirará por otra parte con satisfaccion que se debilite el Austria.

»Queda la Rusia. Ninguna de las otras potencias puede estorbar que realicemos nuestro proyecto, y la Rusia sí; pero hasta que llegue la primavera próxima, ni la Rusia ni nadie puede ponernos estorbos en el camino; porque si la Rusia nos ataca, se le echará encima en seguida la Suecia, y se encontrará entre el martillo y el yunque. Si vive la emperatriz de Rusia, ahora enferma, el duque de Curlandia me tendrá consideraciones, pues tiene grandes posesiones en Silesia (el señorío de Wartenberg) y se expondría á perderlas si procediese de otra manera. En general es preciso hacer caer la lluvia de Danae sobre los consejeros principales de la emperatriz, con lo cual se les hará comprender lo que nos conviene. Si la emperatriz muere de la enfermedad que la aqueja, á pesar de todos los derechos que le asistían para aumentar su patrimonio; pero siempre debió haberse extendido sobre los motivos legales con que justificaba su empresa mas de lo que se extendió en los dos primeros manuscritos, aunque no fuese sino en interés de la verdad y para evitar la apariencia de injusticia que realmente perjudicó muchísimo su causa tan justa.

»De estas consideraciones deduzco que debemos apoderarnos de la Silesia antes del invierno, y negociar durante

esta estacion. Obrando así nos queda siempre tiempo para estudiar el partido que convenga tomar, y se llevarán las negociaciones con mas facilidad hallándonos en posesion del objeto que se disputa. Si no lo hacemos así perderemos todas las ventajas que ahora tenemos, y con simples negociaciones no conseguiremos nada, ó se nos pondrán condiciones onerosísimas para ofrecernos en cambio una friolera.»

Para justificar ante la posteridad su atrevido ataque al Austria había debido el rey Federico añadir una corta relacion de agravios y de los derechos de la casa de Brandeburgo sobre la Silesia, á su obra «Historia de mi tiempo» que con



El conde de Schwerin. Copia de un grabado de Seidel

tanta precision presenta todos los demás elementos de su resolucio y plan. La primera redaccion de este libro que empezó á escribir en noviembre de 1742, y que se ha perdido, contenia un prefacio en el cual se mencionaban los motivos de su empresa de Silesia en términos que obligaron á Voltaire á escribirle en julio de 1743: «Encuentro en su bello prefacio que V. M. se sacrifica demasiado, y que deja traslucir que ha subordinado la moral á la pasion de conquista; porque ¿de qué tiene V. M. que acusarse? ¿No tenia V. M. derechos fundadimos, por lo menos sobre la mayor parte de Silesia, y no le autorizaba á la conquista la negacion de sus derechos?» Esta consideracion hizo que el rey eliminara del libro, redactado de nuevo en 1746, el pasaje que volvió á introducir en el último arreglo que hizo en 1775 y que desde su publicacion cuando el rey ya había muerto fué objeto de tantos ataques.» Añádanse á estas consideraciones un ejército disponible, arcas llenas y quizás tambien *la gana de adquirir renombre*, y se tendrán todos los motivos que indujeron al rey á hacer la guerra á María Teresa.

El lector imparcial no podrá menos de reconocer la noble franqueza del rey, porque era la pura verdad lo que decia. Sin el impulso ardoroso de señalarse, sin la ambicion de rey que le poseia, Federico II habría quedado reducido al rincón de tierra que le habían dejado sus antecesores, á pesar de todos los derechos que le asistían para aumentar su patrimonio; pero siempre debió haberse extendido sobre los motivos legales con que justificaba su empresa mas de lo que se extendió en los dos primeros manuscritos, aunque no fuese sino en interés de la verdad y para evitar la apariencia de injusticia que realmente perjudicó muchísimo su causa tan justa.

En 7 de noviembre deshizo Federico punto por punto todas las objeciones que Podewils con tan laudable franqueza había hecho á las «Ideas» de su soberano. Inmediatamente expidió las órdenes á los regimientos para ponerse en marcha, y á su ministro la de hacer correr por la capital la voz de que se hacían los armamentos con motivo de la noticia de que el elector del Palatinado estaba agonizando. Dos dias despues ya podia escribir estas palabras: «La emperatriz de Rusia está muriendo; Dios está con nosotros y la fortuna nos sonríe.» Al dia siguiente, 10 de noviembre, tuvo noticia de que aquella soberana había fallecido, y en seguida desplegó todas las velas y lanzó su barco á la alta mar. En 15 del mismo escribió otra vez á Podewils: «Daré el gran golpe el 8 de diciembre, seguro de que me lanzo á la empresa mas grande, mas atrevida y contundente que ha acometido soberano alguno de mi familia. Mi corazón me da esperanzas y me prometo un feliz éxito de mi ejército.»

V. — LA EMPERATRIZ MARÍA TERESA Y FEDERICO II.
LA OCUPACION DE LA SILESIA. (1)

El cuadro que ofrecia la situacion del Austria en octubre de 1740 no podia ser mas desconsolador ni mas público. Federico II no hacia mas que expresar la opinion general cuando escribia en 5 de noviembre á su embajador en Viena: «El emperador ha muerto, el imperio alemán y el Austria carecen de jefe, el tesoro austriaco está vacío, sus ejércitos están aniquilados, sus provincias devastadas y asoladas por las guerras, la peste y el hambre y exhaustas por las terribles cargas que han soportado. Las pretensiones del Austria sobre la herencia son públicas; las de Sajonia arden debajo de una capa de cenizas amenazando con un incendio próximo; los planes secretos de las cortes de Francia, España y Saboya están á punto de manifestarse.» En una palabra, un mundo de enemigos, un diluvio de desgracias estaban prontos á caer sobre la débil heredera de Carlos VI. El embajador inglés Robinson no hablaba en sus comunicaciones á su gobierno durante los últimos dias del emperador mas que de desdichas. Los mismos ministros austriacos estaban convencidos de que la monarquía austriaca moriria poco despues de su soberano; veían ya á los turcos en Hungría; á los húngaros en armas contra su dinastía; á los sajones en Bohemia y á los bávaros á las puertas de Viena. Todos, el gobierno y los pueblos, creían que había llegado el último dia de la monarquía austriaca. Al saberse la muerte del emperador, se amotinaron los campesinos en las cercanías de la capital y mataron la caza del emperador que invadia sus campos. Todos cifraban sus esperanzas en el príncipe elector de Baviera como heredero y nuevo soberano y hasta en las esquinas de las calles de la capital se leían proclamas sediciosas, que decían: «¡Aleluya! ¡el emperador ha muerto! ¡Ahora nos darán hogazas grandes! El duque de Lorena (esposo de la emperatriz) no nos sirve; quien nos conviene es el bávaro!»

La misma María Teresa describió despues la situacion que entonces, en 20 de octubre de 1740, la había dejado la muerte de su padre, diciendo que se encontraba «sin dinero, sin crédito, sin ejército, sin experiencia propia ni conocimientos para su cargo, y finalmente sin consejo de nadie.»

(1) Consultense las obras alemanas: ALFREDO DE ARNETH, Los primeros años del reinado de María Teresa (1741 y 1742) Viena 1863.— Las comunicaciones oficiales de Robinson de los mismos dos años, que se hallan en el Public Record Office de Londres; y las comunicaciones del embajador hanoveriano en Viena, que se hallan en el archivo real de Hanover.— Véase tambien C. T. HEIGEL, La sucesion de Austria y la eleccion al trono del imperio alemán de Carlos VII. Nordlingen 1877.

Apenas podía comprender los peligros que la rodeaban, porque su padre jamás la había introducido en los asuntos políticos ni del gobierno interior ni exterior, de lo cual ella misma se lamentaba, y á pesar de que Carlos VI como todo el mundo conocía muy bien sus dotes extraordinarias, la rapidez de su comprensión, su prudencia y sus extensas miras. Ella misma confesaba que «en los últimos diez años desgraciados había oído hablar de malas consecuencias y quejas como cualquiera otra persona particular, sin saber de qué se trataba.» El estado interior de la monarquía le era desconocido completamente, y de las relaciones internacionales y negocios extranjeros no sabía probablemente sino que tenía el derecho de sucesión y que todos los países sometidos á su cetro constituían un Estado reconocido por innumerables tratados y parte integrante del sistema político de Europa, sistema que un príncipe elector de Baviera era incapaz de hacer vacilar sobre sus sólidas bases. Al subir al trono tenía 24 años; era de porte regio é imponente, rostro agraciadísimo y carácter poseído de ciega confianza juvenil, de aquella fe que traslada montañas, que en la desgracia puede desesparar de todo excepto de sí misma, de su buena estrella y de su derecho. La convicción profunda, innata é inquebrantable de su derecho de sucesión á la herencia una é indivisible de su padre; la idea fija de que este derecho estaba por encima de toda discusión, y era tan innegable, tan claro é inatacable como el sol en pleno mediodía; esta convicción que le había sido imbuida desde que estaba en el mundo, y que se hallaba arraigada en todo su ser como los artículos de fe de la religión católica, apostólica romana, dió á la joven soberana desde el primer instante de su reinado una seguridad que electrizó y se comunicó con entusiasmo fanático á todas las personas que la rodeaban. La situación del momento era de aquellas en que la suerte ó la desgracia dependen de la solución que tenga la cuestión de si la persona á la cual se dirigen todas las miradas posee ó no las cualidades que pueden salvar á un país. Los sabios no encontraban salida al laberinto, pero ella con la intuición innata de soberana la encontró. Lo único que podía salvar á la monarquía austriaca era cabalmente lo que hizo María Teresa por instinto sin consejo de nadie; su seguridad firme; su aire tranquilo y confiado, acabaron con las dudas y vacilaciones, é inspiraron valor y esperanzas á los desanimados. Tomó posesión de sus dominios con una decisión como quien ignora todos los peligros y no ve ningún enemigo, como quien toma lo que es suyo y cree que si hay quien se lo dispute, no faltarán medios para conservarlo.

Así fué que asombró á todo el mundo la energía y habilidad con que asió el timón del gobierno. Apenas había espionado su padre, cuando recibió á los ministros y autoridades como «reina de Hungría y de Bohemia y archiduquesa de Austria.» En 21 de octubre reunió por primera vez el consejo de ministros ó sea el consejo secreto compuesto de los condes de Sinzendorff, Starhemberg, Koenigsegg y los dos Harrach, padre é hijo, en compañía de su esposo que aunque sin título, funcionó pronto como co-reinante. En la sesión del 24 de octubre se tomaron las primeras disposiciones militares; el conde Palffy fué enviado como lugarteniente de la reina á Hungría con poder casi discrecional para tomar el mando en jefe de las tropas estacionadas allí; los condes Seckendorf, Neipperg y Wallis fueron puestos en libertad y restituidos á sus cargos; se decretó una nueva distribución de tropas para proteger la Bohemia, la Moravia y la Silesia; se puso coto á los despilfarros y defraudaciones en la corte; y los dos consortes desplegaron una laboriosidad que dejó á todo el mundo estupefacto. Desde las primeras horas de la mañana hasta la noche estaban trabajando en los asuntos

públicos, cosa que parecía imposible en aquella patria de la rutina y de la holganza. En todas las provincias fué reconocido el nuevo orden de cosas con la mayor tranquilidad, lo que hizo escribir al embajador veneciano Zeno en 19 de noviembre: «Han logrado hacer comprender á todas las provincias que su salud está en la conservación íntegra de la monarquía; y mientras prevalezca este espíritu puede contar el gobierno con la tranquilidad y la unión.»

Entre tanto el príncipe elector de Baviera dió el gran paso con que por tanto tiempo había amenazado, pero solo para retirarse en seguida corrido y mustio. En los últimos días del mes de octubre el embajador bávaro conde Perusa, despues de pedir repetidas veces, y siempre en vano, que le enseñasen el testamento del emperador Fernando I, manifestó verbalmente al gobierno austriaco que aquel emperador había dispuesto en su última voluntad que en caso de morir él y sus tres hijos Maximiliano, Fernando y Carlos sin hijos varones, fuese heredera única de sus dominios, es decir, de Hungría, Bohemia y Austria, su hija mayor Ana, casada con el duque Alberto V de Baviera; y que habiendo muerto con el emperador Carlos VI el último descendiente varón de Fernando I, recaía el derecho de sucesión en los descendientes de la duquesa Ana representados por el príncipe elector de Baviera Carlos Alberto, á la sazón reinante, en cuyo nombre intimidaba á todos los embajadores acreditados en Viena que se abstuvieran de todo paso que tendiese á reconocer á la archiduquesa María Teresa de otro modo que como *gran duquesa de Toscana*.

Así lo comunicó también verbalmente en 29 de octubre al embajador inglés Robinson, despues de haberle buscado y no encontrado el día antes en su casa, según la relación que este hizo á su gobierno. Lo chocante del caso era que Perusa hiciera valer tales pretensiones de su soberano simplemente de palabra, comunicándolas del mismo modo al ministro Sinzendorff que le contestó, según dijo á Robinson, que necesitaba la comunicación por escrito, siquiera para no fiarla toda á la memoria. En efecto pocos días despues, en 1.º de noviembre, recibió al volver de la iglesia una carta cerrada sin sobre que un criado del conde Perusa había dejado al portero del ministro despues de haberle preguntado por el secretario de este. Abierto el pliego, solo encontró dentro un extracto de una carta en francés dirigida por el conde de Tverring á Perusa en 21 de octubre y que hablaba de la protesta que iba á hacer. Como se ve, era esta una manera muy informal de tratar asunto tan grave.

El mejor medio de acabar con tan enojosa cuestión era exponer los documentos en los cuales se apoyaba la corte de Baviera; pero, cosa singular, el difunto emperador Carlos VI se había opuesto constantemente á ello. Á la sazón no podía excusarse el gobierno de hacerlo y lo hizo con toda solemnidad en 3 de noviembre en casa del canciller de la corte conde de Sinzendorff, y en presencia de los embajadores de Rusia, Inglaterra, Prusia, Hanover y Sajonia invitados al efecto, de los ministros austriacos Starhemberg y Harrach y del secretario Bartenstein. Los documentos eran el testamento de Fernando I otorgado en 1.º de junio de 1543, y el codicilo del 4 de febrero de 1547. El testamento decía: «Si el Todopoderoso determinare que muriesen nuestra amada esposa y todos nuestros hijos varones, será una de nuestras hijas heredera legítima del reino de Hungría y del de Bohemia con los demás territorios anexos...» El codicilo contenía la siguiente disposición más precisa: «Despues de haber dispuesto en nuestro testamento que en el caso de morir todos nuestros hijos varones *sin descendientes directos y legítimos*, suceda una de nuestras hijas, etc...» En estos documentos, cuya legitimidad ha sido comprobada de

modo que no da lugar á la menor duda, y últimamente por Heigel, solo se habla de *descendientes de matrimonio legítimo*, mientras la copia que estaba en el archivo bávaro decía «descendientes varones directos», lo cual no podía ser otra cosa que efecto de una falsificación premeditada, y en seguida se sospechó que fuese autor de ella un caballero Hartmann, que había sido por algún tiempo embajador del Palatinado electoral en Viena. El conde Perusa á su vez estaba en su derecho al suponer una falsificación en el original, y trabajó todo lo imaginable para ver si la descubría por alguna señal; y cuando en 4 de noviembre se le enseñaron los documentos como se le habían enseñado al embajador francés, solicitó y obtuvo el permiso de sacar copia de ellos. A este efecto encargó el trabajo á un tal Delling, consejero bávaro llamado para esto expresamente de Munich, el cual sacó la copia colocado en una estancia especial de la cancellería imperial, en presencia de un consejero imperial llamado Schneller, desde el 8 al 13 de noviembre, que no fué necesario menos tiempo por el gran volumen de los dos documentos. Tres días despues de haber concluido el trabajo volvió el conde Perusa solicitando le dejasen ver otra vez los originales; fué complacido y al llegar leyendo al pasaje principal citado, miró el documento por delante, por detrás, al trasluz, desde arriba y desde abajo para ver si descubría alguna huella de raspadura ú otra, pero solo encontró algunas manchas oblongas blanquizas como se ven siempre en los pergaminos, y hubo de confesar que estaban demasiado distantes del pasaje decisivo para sospechar la menor falsificación. Dos días despues en 19 de noviembre marchóse de Viena todo mohino dejando una protesta contra el traspaso de los Estados austriacos á manos de María Teresa.

El brillante éxito con que había sido rechazado este ataque de la Baviera al patrimonio de Austria pudo consolar en cierto modo á María Teresa de la actitud, ambigua por demás, que había adoptado para con ella la potencia protectora de la Baviera, la Francia. Perusa durante su estancia en Viena, donde se rozaba poco con la alta sociedad, había frecuentado sin embargo constantemente la morada del embajador francés Mirepoix. A esta circunstancia particular se agregaba la desusada tardanza con que el cardenal Fleury contestó á la comunicación de la muerte del emperador y de la subida al trono de su hija, excusándose con que tenía que consultar el archivo para saber el ceremonial que debiera emplearse con una reina de Hungría, y añadiendo que por lo demás no tenía el rey su señor ninguna clase de segunda intención y cumpliría fielmente su deber. En Viena lo creyeron, en lugar de comprender que estas eran solo frases huecas, como lo había comprendido el agente austriaco en París, Ignacio de Wasner, persona muy circunspecta, el cual había escrito ya á su gobierno en 12 de noviembre, que la reina pusiera su confianza en Dios, pero también en un buen ejército, y tomara disposiciones acertadas en sus dominios, como el mejor medio de tener á raya á sus enemigos y conservar á sus amigos.

Entre tanto no omitió Fleury nada para adormecer á María Teresa, evitando cuidadosamente todo lo que pudiera despertar su recelo. No solamente no apoyó al príncipe elector de Baviera, sino que le desautorizó abiertamente en una conversación del 19 de noviembre, desaprobando su conducta, porque no había tenido ninguna razón fundada para ella. En fin parecía imposible que existiera inteligencia secreta alguna entre la Francia y el elector. Así lo noticiaron acordes á su gobierno el príncipe de Liechtenstein en 21 de noviembre y Wasner el 24, repitiéndolo en los primeros días de diciembre.

Esta gran tranquilidad de la corte de Viena respecto de la

Francia fué causa de que no se hiciera caso del lenguaje diplomático de Federico II, aunque se entendiera muy bien. Este había contestado en 30 de octubre á la carta en que el esposo de María Teresa le había participado en los primeros momentos de dolor la muerte de su suegro; pero aunque aquella contestación se ha perdido, puede adivinarse su contenido por el informe de Borcke, secretario del consejo secreto de Viena, del cual resulta que Federico se manifestó dispuesto á prestar á la emperatriz su cooperación, pero no de balde, diciendo: «Se me ha de poner en estado de hacer algo por ella, de una manera útil para mí; porque nos amenaza una guerra general, y la parte del peligro que me corresponda como defensor de los intereses austriacos se me ha de abonar con otros servicios positivos é inmediatos. Hay que resolverse y contestarme inmediatamente; el tiempo urge y es preciso abandonar la antigua lentitud austriaca, etc.»

Como en Viena no vieron ningún peligro ni menos tal guerra general, no comprendieron tampoco la necesidad de hacer más por Federico II de lo que había hecho la corte de Viena por su padre y abuelo. Se alegraron de las promesas y ofrecimientos del rey de Prusia y no hicieron caso de los *peros*. Igual efecto produjo una segunda carta que el rey envió el 5 de noviembre á Viena en contestación á la notificación oficial, y que por su sobreescrito: «A la reina de Hungría y de Bohemia» causó allí grandísimo júbilo por ser un reconocimiento de la pragmática sanción, bien que su contenido recordaba los deseos de la Prusia con más insistencia que la anterior. Así lo entendió María Teresa, según se desprende de una carta que escribió al conde de Ostein en la cual dice: «Para tu mayor inteligencia has de saber que de la Prusia nos hemos de fiar menos que de nadie, porque á pesar de ofrecer sus buenos servicios, añade á esto la cláusula grave de que será menester agradecerlos de un modo positivo y proporcionado á la extensión del riesgo. Esto bastante claramente significa que quiere una parte de nuestros dominios, y dando á entender que sin su auxilio estaría perdida nuestra casa, supone que debemos darnos por muy contentos con sacrificar un territorio considerable para salvar el resto.» Al mismo tiempo la corte de Viena envió á Berlín el teniente feldmariscal marqués Botta d'Adorno á mediados del mes de noviembre en calidad de embajador con el único encargo de escudriñar las intenciones del rey, cultivar las relaciones amistosas entre las dos cortes y declinar el auxilio de la Prusia y mucho más toda remuneración como cosa enteramente extemporánea, pues que en Viena no se temía por ningún lado ataque alguno.

El marqués partió pasando por la Silesia, como era de costumbre por ser el camino recto entre Viena y Berlín; pero apenas hubo salido de Crossen, última población silesiana, cuando se encontró con numerosas columnas de ejército que se dirigían todas á Silesia, espectáculo que se renovó en todo el resto de su viaje hasta llegar á Berlín en 29 de noviembre. Antes de presentarse al rey, escribió al gobierno de Viena: «Dentro de quince días tendremos á los prusianos en Silesia.» Asustado el marqués solicitó del ministro Podewils se sirviera presentarle al rey sin demora para evitar desgracias sin cuento, porque Federico continuaba á la sazón todavía en Rheinsberg, invisible para el cuerpo diplomático, que con ansiedad febril aguardaba que se rasgara el velo ominoso que cubría la situación. La desesperación de Botta fué grande cuando despues de la llegada del rey, este en lugar de recibirle presenció primero la marcha de la artillería en 4 de diciembre, al día siguiente la de su propio tren real, y el 6 la de los tres regimientos que guarnecían á la capital. Despues de esto y en el mismo día recibió al embajador de la reina de Hungría que le entregó las cartas del gran duque de